

VISIÓN DE UNA ÉPOCA

Briante, Miguel

Publicado en el catálogo de la exposición *Deira, Macció, Noé, de La Vega, 1961 - Nueva Figuración, 1991*, Buenos Aires, Centro Cultural Recoleta, 1991.

[...] Desde las dos puntas del espectro ideológico se utilizaba el mismo paternalismo, la misma desconfianza hacia el cambio; en *La Nación*, Manuel Mujica Lainez, o alguien cercano a Manuel Mujica Lainez, amansaba el susto diciendo que con el tiempo los chicos de la Otra Figuración ya iban a calmarse; la izquierda, Tuñón, pedía el consabido mensaje de esperanza, el grito de la Revolución. En esa zanja cruzada por los intereses –o cegueras estéticas– de grupos más o menos antagónicos (que alguna vez habían coincidido en la Unión Democrática, en contra del peronismo) nació la apuesta de los sesenta, que se complicaría con el sesenta y cinco del Di Tella, bajo el trueno de Romero Brest. Ahí, en medio de esos fuegos cruzados, anduvieron los integrantes de la Otra Figuración y todos los que –desde el teatro, la música, la literatura o la plástica– empezamos a crear en esos años.

Eran los tiempos en que los mayorcitos de la izquierda pura postulaban que Borges era un escritor que vivía en la Torre de Marfil y la derecha seguía negando a Roberto Arlt porque escribía mal. Para otras minucias –que contribuían aún más a la confusión general– los nacionalistas ligados a Tacuara acusaban a Borges de ser un escritor inglés y en ciertas partes de la izquierda se sospechaba que Arlt era demasiado anarquista, una especie de Céline que rozaba el fascismo. Entre el testimonio y el esteticismo, andaba la pintura. En literatura, las revistas de izquierda empezaron a reivindicar a Borges; en pintura, contra la quietud de las experiencias geométricas, irrumpía el informalismo e inmediatamente la neofiguración, que también cundía en otras tierras. Y de manera gradual, con retardo, narradores y artistas en general se hacían cargo del eje central de la historia argentina de esos años: el peronismo proscripto.

En la memoria pasan rápido los Onganía, los Levingston, los Lanusse, y Cuba y el Che, y aquella Facultad de Filosofía y Letras que, allá en la calle Viamonte, unía dos aguas partidas, más o menos, por la calle Córdoba; los intelectuales con Pavese y Sartre encarnados en el sobaco discutían por los bares de la calle Corrientes –de La Comedia a La Cultural, de La Giralda a La Paz, de El Colombiano al Ramos, pasando por El Gardelito– y miraban con desconfianza a esos pintores que se reunían en El Florida,

de Viamonte y Florida; en El Moderno, de Maipú –cuya puerta encaró, después, la galería del Este que daba al Di Tella–, porque la plástica “era elitista” y era fácil remedar a Magritte cuando decía “más bruto que un pintor”, agregando “argentino”. Los pintores respondían con grandes borracheras en las que endiosaban la vitalidad para reírse de los intelectuales. Más de una vez, esas peleas más o menos teóricas terminaban a las trompadas en el sótano de El Coto –especie de zona franca, o portuaria, donde las futuras filósofas o sociólogas se trenzaban con las huestes de las artes visuales–, especialmente elegido para duelos que debían ocultarse de la policía.

Aquella época era una ráfaga, que no voy a historiar, porque mi única intención –al describir estas líneas donde saludo los treinta años de la primera muestra de la Otra Figuración– es mentar un clima, no sentar una teoría. En todo caso, arriesgo una sola: que la Otra Figuración nació de la tensión de esa época, de la ferocidad de lo subyacente, de la premonición –en el medio del ruido– de lo que iba a pasar y también de la compartida esperanza de que no pasara lo que después pasó. [...]